



De Gasperi gobernó con una coalición en la que figuraban también comunistas y socialistas.

ITALIA SE FUNDO HACE TREINTA AÑOS

JUAN ALDEBARAN

Las elecciones de abril de 1948, preparadas durante tres años a partir de la muerte de Mussolini, prepararon un triunfo del "centro" que falseó la realidad del país.

En abril de 1948, un periódico madrileño anunciaba la celebración de las elecciones legislativas italianas con un símbolo gráfico: a un lado de la primera página, un billete de dólar; al otro, una pistola. Se entendía que los italianos debían elegir entre el dinero abundante de los Estados Unidos y la guerra civil. Esto es: entre votar a la Democracia Cristiana y votar a la izquierda, comunistas incluidos. Los italianos tenían un ejemplo muy próximo: el de Grecia, donde las izquierdas habían querido mantener el poder conquistado en la resistencia y habían sido combatidos en una dura guerra civil, sostenida primero por los soldados ingleses de Churchill, luego por los soldados y los dólares de Truman. Dican los historiadores que las elecciones de abril de 1948 fueron las primeras en las que los Estados Unidos ejercieron una presión decisiva en Europa. Los Estados Unidos estaban configurando, de este continente a su conveniencia, y lo consiguieron. Los italianos optaron por el dólar y comenzó el largo reino de la Democracia Cristiana. No es solamente el treinta aniversario de la campaña electoral más encarnizada de la posguerra, de la que se hizo depender todo el destino de Europa, lo que se conmemora en estos momentos, sino el principio de un hecho que está todavía vivo y del que dependen las actuales y dramáticas circunstancias italianas. Tiene algunos rasgos de lección que se pueden aprender.

Después de unas trágicas aventuras militares y políticas que comienzan en 1943, cuando Mussolini fue depuesto, encarcelado y luego recuperado por los alemanes, cuando los alemanes ocupan el país, se funda la República fascista y el Rey pasa los poderes a su hijo, cuando todo el país es escenario de los grandes comba-

tes entre aliados y alemanes, puede decirse que el fascismo italiano muere realmente con la ejecución de Benito Mussolini, el 28 de abril de 1945. Desde esa fecha hasta las primeras elecciones legislativas con arreglo a una Constitución nueva, que son las elecciones que se conmemoran ahora, pasan tres años: tres años de transición o, como se dice en estos momentos en España, de predemocracia. Durante esos tres años hay algunos sucesos políticos importantes: la abdicación de Víctor Manuel, considerado cómplice del fascismo, en su hijo Umberto, que tenía ya los poderes como lugarteniente del Reino, el 9 de mayo de 1946, tras las elecciones comunales del 10 de marzo al 5 de abril de ese año; el referéndum sobre la cuestión monárquica, que conduce no muy brillantemente a la República (12.672.765 votos republicanos; 10.688.905 votos monárquicos; más de un millón de votos anulados) y las elecciones para una Asamblea Constituyente, que se reunió por primera vez el 25 de junio; y unas elecciones presidenciales —para un presidente provisional—, que ganó Enrico de Nicola.

Pero, en realidad, la batalla se estaba desarrollando en un ámbito mucho mayor. Y los centros de decisión no están enteramente en Italia. El final de la guerra, con lo que se suponía que era una derrota de los fascismos, había dejado en Europa una opción abierta, con un carácter utópico: unos ideales de guerra civil ganada. La segunda guerra mundial había tenido un revestimiento de guerra ideológica entre una especie de Frente Popular a escala mundial, que comprendía desde la democracia conservadora británica —Churchill— y la nueva democracia abierta, casi socializante, de Roosevelt, hasta el comunismo de combate de Stalin y un fascismo-nazismo —Hitler, Mussolini— con el que no habían dejado de colaborar los grupos, ideologías e intereses de la gran derecha. Digamos que la victoria final permitió las grandes ilusiones de una renovación total de la vida, que habían prometido no sólo los comunistas, sino también los demócratas. Ya en 1941, Roosevelt y Churchill habían redactado uno de los primeros manifiestos sobre los objetivos de guerra: "That all the men in all the lands may live out their lives in freedom from fear and want", que todos los hombres en todas las tierras puedan vivir libres del miedo y de la necesidad. Y en 1945, la Carta

de las Naciones Unidas prometía la igualdad, la justicia, la libertad y el progreso. Había una ideología —la resistencia—. Ahora bien, esta ideología y esta resistencia estaban dominadas por los comunistas, que habían sido sus protagonistas principales. No se puede disminuir el valor, la decisión, el sacrificio y la capacidad de otros grupos políticos, pero es indudable que, por vieja experiencia y por verdadera profesionalidad, los comunistas tienen mucha mayor capacidad para la clandestinidad y la resistencia —organización, disciplina; podría decirse que frente a otros partidos. Tienen, al mismo tiempo, una inmensa preparación psicológica para convertirse en dirigentes y en protagonistas, aunque sean minoritarios. La preponderancia comunista en las jornadas de liberación fue muy visible. Pero frente a la ideología de la resistencia y de la victoria habla grandes fuerzas antiguas en Europa, unos intereses muy pesados y una red de poderes importantes. A esta visibilidad del protagonismo comunista pudieron oponer el viejo y nunca muerto anticomunismo, fomentado por Estados Unidos —sobre todo, tras la muerte de Roosevelt— y dirigido, mientras tuvo gobierno, por el anticomunista más fuerte de Europa y el más antiguo de todos: Churchill. La Unión Soviética, que había estado en su "ghetto" internacional hasta

que se la sacó de él para que participara en la guerra —realmente la sacó Hitler, con un ataque insensato y más soberbio que realista—, iba a volver al "ghetto". El anticomunismo sirvió para atajar y contener toda la ideología de la resistencia, y las viejas fuerzas, auxiliadas por los Estados Unidos —podría decirse que los Estados Unidos, auxiliados por las viejas fuerzas de Europa—, iban tomando el poder.

Los partidos socialistas, que hubieran podido tener un gran papel, estaban exhaustos y vencidos. Pudo más su reflejo anticomunista y antisoviético, histórico y consistente, que la posibilidad de protagonizar el cambio. En Francia, en Italia, en Alemania Federal, se inclinaron hacia la derecha. De todas formas, su fuerza era escasa. Sus dirigentes, viejos, y sus programas procedían de antes de la guerra.

Habían surgido en la guerra y en la resistencia hombres nuevos, intelectuales y combatientes. No pudieron fructificar. Se trataba de configurar el mundo según una ideología conveniente a quienes en realidad habían ganado la guerra con sus armas, con su dinero, con su capacidad industrial y con las vidas de los otros: los Estados Unidos.

Los cuales desempolvaban viejas posibilidades. Y viejos ciudadanos. En Italia encontraron el



El secretario general del PCI, Palmiro Togliatti, durante las elecciones legislativas de 1963.



El cadáver del Duce, fusilado en 1945, blanco de las iras populares en Milán.

fermento que necesitaban en lo que había sido el partido popular de la década del diez al veinte: un partido católico, vaticanista. Y un hombre, Alcide de Gasperi, que encarcelado por Mussolini durante un breve período —entre 1927 y 1928— se había refugiado en el Vaticano, donde había permanecido como bibliotecario, bajo la protección del Papa. En Francia no había tal partido: se creó, se llamó MRP y se puso en manos de Bidault y de Schumann. En Alemania renació el viejo partido cristiano y se encontró para él a un anciano enérgico y duro, Adenauer. Hubo un momento en que los grandes políticos europeos se entendían en alemán, como lengua materna. De Gasperi, en su juventud, había sido irredentista tirolés, y como tal, miembro del Parlamento austriaco: el alemán era su primer idioma. Los dos hablaban alemán de sus reuniones con Adenauer, de quien a su vez se decía que siempre había sentido gran simpatía por Francia...

En torno a De Gasperi y a la Democrazia Cristiana se fue preparando Italia durante los tres años que van desde la muerte de Mussolini hasta las elecciones de abril de 1948. Se trataba de eliminar a los comunistas del poder

antes de que estas elecciones llegasen. Figuraban en él —como en el de Francia— por el derecho de la Resistencia y por la amplitud de las masas que le apoyaban. Eran Gobiernos provisionales. Togliatti, secretario general del PCI, ejercía toda la posibilidad de poder que tenía: se dice que sólo la presencia de los soldados americanos le impidieron tomar el poder. Así y todo, grandes zonas del país estaban bajo la influencia directa de los comunistas (como sucedió en Francia). Presidente de estos Gobiernos provisionales, ayudado ya por Fanfani y Aldo Moro, De Gasperi gobernaba con una coalición en la que figuraban también comunistas y socialistas. Era la época del tripartismo. En 1947 consiguió separarse de los comunistas y comenzó el cuatripartismo: es decir, una alianza de la Democrazia Cristiana con partidos menores: liberales republicanos y los socialdemócratas de Saragat (una excisión del Partido Socialista). No es casual que en el momento en que el Gobierno provisional se desprendiera de comunistas y de socialistas comenzara lo que se ha llamado "el milagro italiano". Se atribuye al ministro de Hacienda, Einaudi, una serie de medidas económicas de gran efecto: reducción de la circulación monetaria, aumento de impuestos, control del crédito, devaluación de la lira, importaciones masivas para

hacer desaparecer el mercado negro, pero nada hubiera sido posible sin la ayuda masiva de los americanos, por vía directa y por la del Plan Marshall. Y esta ayuda no hubiera existido sin la evicción de los comunistas y de los socialistas. Evicción que no se limitó a los puestos de Gobierno. La guerra fría no fue ni suave ni escrupulosa; se hizo a base de persecuciones, aislamiento, destituciones y cárceles; otros países, como Grecia y Turquía, con fusilamientos, matanzas y asesinatos. En la misma Italia, Togliatti fue gravemente herido en un atentado que pudo costarle la vida en junio de 1948 y la reacción comunista estuvo a punto de crear una revolución. También sin la evicción de los comunistas y de los socialistas hubiera sido imposible conseguir que en todo este plan económico se mantuvieran unos salarios enormemente bajos y unas legislaciones contra las huelgas, que fueron las que llevaron de nuevo a los capitalistas italianos a la inversión, que iba a ser rentable.

En este ambiente, la Asamblea Constituyente, dominada ya por la Democrazia Cristiana, elaboró una Constitución capaz de "sujetar" el régimen democrático. El presidente del Gobierno tendría unos poderes semejantes a los de un primer ministro británico (que, por la escasa actividad de la Corona, es casi un Jefe de Estado) y preparó

una Ley Electoral, semejante en algunos puntos a la de Francia, cuya principal virtud era la de contener a la izquierda: por el reparto de las circunscripciones, por la proporción favorable a las mayorías. Así se llegó a las elecciones de abril de 1948. Una campaña anticomunista lanzada desde los Estados Unidos y el Vaticano presentaba como comunistas a todas las fuerzas de izquierda y a los sindicalistas, y los comunistas —todos— aparecían como asesinos, pistoleros, sometidos al poder de Stalin, contrarios a los intereses de la nación. Cuando el periódico madrileño publicaba una pistola como símbolo de la izquierda, no sólo aludía a la guerra civil, cuyo fantasma aterrorizaba a los italianos, sino al "tiro en la nuca", a las cárceles, a la dictadura. Lo contrario, la Democrazia Cristiana, era el bienestar, el dinero americano, el triunfo de la moral católica, la honestidad. Esta propaganda no ahorra la "culpabilidad" de los socialistas. Pietro Nenni, que tenía un gran prestigio en la izquierda del Partido Socialista, llegó a formar con los comunistas una alianza electoral, un Bloque Popular. Mientras De Gasperi creaba una alianza centrista, con los socialistas (o socialdemócratas) de Saragat.

El resultado del 18 de abril de 1948 no dejó lugar a dudas: tres quintas partes de los escaños eran para la coalición de De Gasperi y, aún la Democrazia Cristiana, con el 48,5 por 100 de los votos, tenía fuerza para gobernar sola. Socialistas y comunistas, juntos, sólo tenían el 31 por 100 de los votos, y con este porcentaje permanecerían durante años. Pero ya desunidos entre sí. Y con el Partido Socialista ido hacia la derecha, lo cual permitiría entrar más tarde en coalición con la Democrazia Cristiana.

En esquema, todo sucedió así: caída del fascismo y triunfo del espíritu de resistencia; reanipación de los partidos políticos y esperanza de constituir una sociedad nueva; lenta digestión de la izquierda por las fuerzas clásicas; modificaciones de forma —referéndum republicano, Gobierno provisional, Constitución lenta— para facilitar esa digestión; en suma, desgaste de la izquierda y preparación de las elecciones generales en favor de una derecha llamada centro, con el nombre de Democrazia Cristiana.

Toda la predemocracia sirvió para aniquilar el triunfo del espíritu de la Resistencia y crear una democracia controlada. Dura ya treinta años el dominio de un solo partido. Durante esos treinta años, las dificultades de la clase obrera han ido creciendo —emigración a América, a Europa—, el milagro sólo ha alcanzado a unos cuantos, la corrupción en los medios de negocios ha sido absoluta, las salidas están cerradas. Si la nueva Italia hubiese surgido directamente de las circunstancias del final de la guerra y la caída del fascismo, todo podía haber ido por otro camino. Lo que sucede ahora en Italia es una consecuencia de aquello que empezó entonces y tiene un mismo nombre: la decisión de los Estados Unidos, que construyó Europa para sí misma en el final de la guerra mundial y para sí misma la mantiene en nuestros días. ■